

PUNTOS DE SUSCRICION.
EN LA ADMINISTRACION DE EL OCCIDENTE, Corredora baja de San Carlos, 10, pág. 1.
EN LA LIBRERIA de MORA, Carrera de San Jerónimo, 10, pág. 1.
VILLA, plazuela de Santo Domingo.
BALLY-BAILLIER, calle del Príncipe.
OLIVEROS, calle de la Concepción Geronima.
PROVINCIAL. En casa de los corresponsales, o por medio de libranza á la Administracion.

EDICION DE LA MANANA.

ADVERTENCIA DE LA ADMINISTRACION.

Desde el día de hoy nuestro periódico se encarga de cubrir las suscripciones de **El Buen sentido**.

Los suscritores á este periódico que noten alguna falta ó retraso en el recibo de los números se servirán avisar á nuestra Administracion para remediarla.

El Centro general de noticias nos comunica los siguientes.

PARTES TELEGRAFICAS.

Viena viernes 16 de marzo por la mañana.—Anoche quedaron abiertas oficialmente las conferencias para la negociacion de la paz. Asistieron á esta reunion los plenipotenciarios de Austria, Francia, Inglaterra, Rusia y Turquía. El conde Buol, ministro de Negocios extranjeros de Austria, pronunció con este motivo un discurso concebido en términos pacíficos.

Lord Stratford de Redcliffe, representante de S. M. británica en Constantinopla, se encuentra gravemente enfermo.

París sábado 17 de marzo por la tarde.—Los fondos firmes: el 3 por 100 70-40; interior español 31 5/4; diferida 18.

Londres sábado 17 de marzo á las dos de la tarde.—Consolidados 93 1/2. Ayer quedaron los fondos españoles á 37 1/8 112 diferido.

MADRID 17 DE MARZO.

Es difícil, y á opuestas interpretaciones arriagada, nuestra posicion en el estado de la imprenta. Amigos de la libertad, pero de la libertad ordenada, partidarios del progreso, pero del progreso pacífico, abogados de las reformas, pero de las reformas provechosas, nos hallamos colocados en ese término medio en que se encuentran la razon y la justicia, cualidades y virtudes que no solo no se aprecian en épocas agitadas y tormentosas como las que atravesamos, sino que son frecuentemente consideradas como el manto con que se encubren intenciones ocultas. Así, no extrañámonos ser un día blanco de los apasionados ataques de un diario ministerial, ser otro día objeto de las reconvenientes amistosas de un diario opositor.

Por hacer ver á qué extremos tan contrarios lleva á otros diarios la pasion política, el espíritu de partido, el culto á los personajes que mejor representan su política, consignamos en uno de nuestros últimos números la observacion que nos habia sugerido la diversa apreciacion hecha por *El Parlamento* y *La Nacion* de un suceso de alguna importancia para nuestro pais. Dias pasados escribia al primero de estos periódicos su corresponsal de París que la leal y enérgica conducta que observa el gobierno francés con el nuestro, impidiendo la entrada de los carlistas en España por la frontera del vecino imperio, era debida á la influencia que ejercia el duque de Valencia cerca del emperador de los franceses. El periódico moderado, insertando la carta de su corresponsal, tributaba con esto un recuerdo de cariño y un homenaje de respeto al hombre que personifica su política mejor que otro alguno.

Aunque nosotros no estemos conformes con esta política, llamamos entonces, porque ni acostrumbramos penetrar en el terreno de las intenciones, ni nos escucen las alabanzas tributadas al duque de Valencia por sus parciales. Mas al ver

EL OCCIDENTE,

DIARIO POLITICO.

Domingo, 18 de Marzo de 1855.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.	Un mes.	12 r.
	Tres meses.	36
PROVINCIAL.	Un mes.	20
	Tres meses.	60
ESTRANGERO.	Un mes.	25
	Tres meses.	75
ULTRAMAR.	Un mes.	30
	Tres meses.	90

AÑO I.—NUMERO 59.

que al día siguiente venia *La Nacion* parafraseando la noticia á que nos referimos, y atribuyendo la gloria del benévolo proceder del gobierno francés al duque de la Victoria y á la amistad que este habia hecho en Londres con Luis Bonaparte, antes de ser elevado á la alta gerarquía que hoy ocupa, no pudimos dejar de sonreirnos del *sabismo* de nuestros colegas, del culto rendido al astro que hoy brilla en el zenit como del homenaje enviado al astro oscurecido en el ocaso. Consignamos, pues, nuestra observacion, y creimos restablecer la verdad de los hechos, atribuyendo la digna conducta del emperador de los franceses simplemente á la consideracion que todo buen monarca dispensa á los gobiernos de los paises con quienes está en amistosas relaciones.

Pero como los elogios del diario moderado y el plagio del diario ministerial coincidian con un fuerte ataque dado por otro periódico progresista al duque de Valencia, nuestro ilustrado y cortés colega *El Parlamento* ha creído deber hacerse cargo de nuestro parrafillo, darnos esplicaciones benévolas sobre la noticia de su corresponsal, tomar por base nuestras palabras para contestar enérgicamente al diario progresista que creia irrehabilitable al personaje en cuestion, y presentarnos al general Narváez, no solo como apto para ejercer el mando en este pais, donde no se han inhabilitado hombres pequeños y fustotes, de los cuales unos dirijen en la actualidad, los negocios públicos y otros influyen grandemente en ellos, sino como el mas firme apoyo ayer, y la mas segura esperanza hoy de los principios conservadores de la libertad y del gobierno.

Menos hábiles nosotros que *El Parlamento* en esto de dirijir las cuestiones al punto y por el camino que se desea sin insistir en nuestra observacion, y aun aceptando como plausibles las esplicaciones que nos da, no queremos hacer uso de igual habilidad, aunque la de nuestro estimable colega sea de buena ley, para entrar en el debate por él provocado acerca de la aptitud del duque de Valencia para ejercer hoy el mando con ventaja de los principios verdaderamente constitucionales y francamente parlamentarios, que son los únicos por los que en lo sucesivo puede gobernarse al pais con favorable éxito y satisfactorios resultados, sino que desde luego nos entramos en él con lisura y franqueza, porque creemos siempre conveniente se discutan los servicios, los méritos y las cualidades de los hombres que rijen ó aspiran á reir los destinos de una nacion como la nuestra, tan favorecida por la Providencia como maltratada por sus gobernantes.

La circunstancia de hallarse el duque de Valencia en la proscripcion y en la desgracia nos impone consideraciones especiales que nuestros discretos lectores comprenderán fácilmente y que no tendríamos en otra ocasion. Pero esta circunstancia no puede impedirnos que juzguemos con severa imparcialidad la posicion, el carácter y la política del mas autorizado jefe del partido moderado.

Sin duda el duque de Valencia no es irrehabilitable, porque, por lo visto, nadie lo es en este desventurado pais. Mas de que no sea irrehabilitable, como dice *El Parlamento*, á suponerlo habilitado para ejercer poder y presentárnoslo como e mas firme apoyo antes y la mas segura esperanza en la actualidad de los principios de libertad y de gobierno, como lo supone y nos lo presenta nuestro colega, hay una distancia inmensa que no se salva con un artículo de periódico, sobre todo, cuando la opinion tiene formado ya su juicio,

cuando los actos del general Narváez están tan gravados en la memoria de todos, cuando estos actos han producido mas ó menos inmediatamente la situacion en que se halla hoy nuestro pais.

No, no; el duque de Valencia no representa hoy lo que decís, vosotros sus admiradores y sus amigos vosotros sus parciales de ayer y sus partidarios de mañana. Seriamos injustos si le negáramos sus cualidades de soldado, sus condiciones de jefe de partido, su aptitud para el mando, su talento en las circunstancias normales, su energía y su arrojo en las crisis supremas. Pero estas mismas cualidades, exageradas por la torpe adulacion, por la miseria flexibilidad de la gran mayoría del partido moderado, por los actos en que las circunstancias lo han mezclado, por el engrime de repetidos triunfos; estas mismas cualidades, repetidas, aplicadas con excesiva rigidez en los tiempos de guerra como en los tiempos de paz, han influido demasiado en la conducta gubernativa del duque de Valencia.

El fué quien armado con las facultades extraordinarias que le concedieran las Cortes, llevó en 1848 la represion de los movimientos insurreccionales hasta la tiranía. El, quien por robustecer el principio de autoridad, no vaciló en alterar por medio de reales decretos leyes tan sagradas y tan respetables como el código penal. El, quien primero se ensañó contra la libertad de imprenta, y el que inventó las recojidas de los periódicos y las deportaciones de los escritores. El, quien disolvió las Cortes de 1846, porque tenia en ellas una oposicion numerosa. El, quien proscribió ó consintió se proscribiera en una célebre circular á la oposicion conservadora. El, quien trajo ó permitió á un ministro de la Gobernacion trajera el primer parlamento unánime. El, quien disolvió ó consintió se disolviera los escándalos electorales de 1850, los escándalos de Cea, de Caldas de Reyes y de otros muchos puntos. El, quien convirtió al partido moderado en un partido estrecho y esclusivo, y quien favoreció el pandillaje y el nepotismo hasta un punto fabuloso.

Así, el duque de Valencia no representa ni puede representar sino una política de tirantez, de exclusivismo, de fuerza, de verdadera dictadura. Así, el duque de Valencia, no representa hoy, á su pesar, sino el recuerdo de persecuciones y violencias que aun no se han borrado de la memoria de las gentes. Así, el nombre del duque de Valencia es hoy todavía uno de los mas justamente impopulares, y el pensamiento solo de que pueda volver á ejercer el mando, subleva el espíritu público. Así, el duque de Valencia, que no representa ninguna idea de verdadero progreso ni de reformas fecundas, solo puede representar al partido ultra-moderado con su sistema compresivo y dictatorial.

Y no se nos diga que por haber pertenecido el duque de Valencia al comité constitucional, está por eso rehabilitado, porque, sobre haber sido muy ambigua su conducta posterior, tambien pertenecieron al comité el conde de San Luis y Esteban Collantes, lo que no impidió que fueran luego el presidente y el alma del ministerio derribado por la revolucion. Y no se nos diga que es poco delicado atacar en la adversidad al duque de Valencia, porque nosotros respetamos su desgracia, hacemos justicia á sus cualidades, y solo combatimos su política.

Por otra parte, creemos que la situacion no es, ni puede ser, ni será del ultra-moderantismo, como los desaciertos y las divisiones de los partidos

sinceramente constitucionales no le allanen mucho el camino del poder. El pais ha reconquistado sus libertades para hacerlas fecundas, y quiere progresar en el buen sentido de la palabra, quiere reformas benéficas, quiere mejoras positivas, quiere que se le impulse activamente por la anchura de la civilizacion, hasta llegar á ocupar el rango que le corresponde entre las naciones de Europa, el puesto que ocupó la España de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II.

Y hé aquí por qué, á la par que combatimos la política reaccionaria que fatalmente representa el duque de Valencia, combatimos tambien la política del viejo progresismo que hoy domina, la política caduca de los santones del pseudo-progreso, incapaces de hacer ninguna innovacion fecunda, de llevar á cabo ninguna reforma provechosa, de dar ni un solo paso que redunde en favor de la prosperidad del pais. Por eso combatimos tambien el *Esparterismo*, personificación funesta de la política de inseguridad, de postracion y de aniquilamiento del pais.

No es que neguemos al duque de la Victoria su buen deseo por asegurar la libertad y promover la dicha de la España, no; somos los primeros á reconocerlo y proclamarlo. Pero este buen deseo se estrella contra su falta de iniciativa y de tacto, contra su falta de conocimiento de los hombres y de la ciencia de gobernar, contra las preocupaciones á que obedece y su carencia de genio para dominarlas, porque con cualidades negativas no se gobierna á los pueblos, no se salva á las naciones en periodos tan criticos como en el que se halla la España.

La política del duque de la Victoria es la antítesis de la política del duque de Valencia. El uno dice: «cumplase la voluntad nacional» y esta absurda fórmula encierra todo su pensamiento de gobierno. El otro dice: «la voluntad nacional soy yo» y esta es la síntesis de todo su sistema. El uno dice: «la libertad es el orden» y sacrifica la paz pública en aras de la licencia. El otro dice: «el orden es la libertad» y sacrifica la seguridad individual en aras de la dictadura.

De esta suerte, el duque de Valencia y el duque de la Victoria vienen siendo hace muchos años un obstáculo perpetuo para la verdadera libertad, para el progreso fecundo, para la sincera práctica del sistema constitucional, templado y razonable, que tanto padece bajo la compresion ilegal como la anarquía disolvente. De esta suerte, el duque de la Victoria no gobierna, y el duque de Valencia gobierna demasiado. De esta suerte, el duque de la Victoria provoca trastornos, y el duque de la Victoria produce reacciones. De esta suerte, el duque de la Victoria sucede en el mando al duque de Valencia, y el duque de Valencia al duque de la Victoria.

¡Fatalidad de la España, condenada á agitarse siempre entre dos políticas igualmente violentas, igualmente infecundas, igualmente desastrosas!

Si los destinos de este infortunado pais estuviesen en nuestras manos, diríamos al duque de Valencia: «id por diez años de embajador á Londres, y aprended allí cómo se gobierna constitucionalmente, cómo se respetan los partidos, cómo se consolidan las instituciones, cómo se practica la libertad». Diríamos al duque de la Victoria: «id por diez años de embajador á París, y aprended allí cómo se conserva el orden, cómo se ejecutan las mejoras, cómo se desarrolla la prosperidad de un pais, cómo se hacen respetar y querer los gobiernos». Y, desembarazados así del duque-dictador y del duque ex-regente, confiaríamos las

porque antes de que me hablara conocí que era correspondido. Pero el yelo de tristeza que cubria la frente de Luisa continuaba como antes. Al principio de la noche, en que yo hice y dije mil locuras, estubo mas alegre que de costumbre; poco á poco fué cayendo en su habitual melancolía. Al marcharme, mientras Doña... llamaba á la criada, acercóse á mí Luisa repentinamente, y me dijo:

—Tome V... pronto...

Y me entregó una carta.

—Puedo esperar? le dije al tomarla.

—Dios lo sabe... me contestó.

Salí á la calle, y sin esperar á llegar á mi casa, abrí la carta y me puse á leerla á la luz de un farol. Era muy corta, y la conservo y la conservaré eternamente en la memoria.

—Agradezco en el alma, me decía, el amor que V. me profesa. Yo tambien amo á V., y no tenga valor para ocultarlo; y Dios sabe que con V. sería la mujer mas feliz del mundo. Pero razones de conveniencia nos obligan á guardar un profundo misterio sobre esto. Tenga V. esperanza, confie en mí, pero por Dios que no conozca nada mi tia.

Cuando acababa de leer la carta, se acercó á mí una pobre con una criatura á pedirme una limosna. Puesto que soy dichoso, dije para mí, que goce de mi dicha esta pobre mujer. Y le di cinco napoleones que llevaba.

—Señorito, me dijo la pobre mujer, ¿qué me dá V.?

—Vaya V. con Dios, le respondí, y rueguele que me conceda lo que deseo.

Aunque tuviera que ir de rodillas desde aquí hasta la Virgen de la Paloma. Pero es V. bueno, señorito, según veo por lo que acaba de hacer, y los buenos no suelen ser muy felices en la tierra.

Te confieso que las palabras de aquella mujer me hicieron mucho daño; pero me repose al momento, y me fui á mi casa completamente entregado á mis ilusiones. Toda aquella noche me la pasé, ó formando proyectos para lo porvenir, ó soñando dichas y felicidades.

riendas del gobierno á hombres idóneos, que mereciesen la confianza del pais y fuesen capaces de llevar á cabo la reconstruccion del edificio político, derribado por los huracanes de tan encontradas políticas, y de acometer las reformas que el pais reclama hoy con mansedumbre y que puede exigir mañana con justificada ira.

El Iris de España, en su artículo de ayer, nos replica reproduciendo sus argumentos contra los que nosotros empleamos en favor de la libertad de imprenta.

Ante todo, á fuer de imparciales, cumplémos hacer justicia á los buenos deseos de nuestro colega; comprendemos que podrán ser los mejores, pero no así los medios de que se vale.

No se han llenado, dice, las formalidades de la ley en la organizacion del jurado. Condénese en buen hora este abuso: hasta aquí estamos conformes con *El Iris*. Incluyáse en las listas los que debiendo pertenecer al jurado están indebidamente escludidos; cúmplase, en fin, la ley en todas sus partes; mas no por esto se pretenda atacar esa libertad, la mejor y mas ostensible garantía de todas las demás libertades.

Quiere nuestro colega una libertad prudente, leal y fundada. ¿Y por ventura habrá de obtenerse la prudencia, la lealtad y el fundamento en las discusiones de la prensa por medio de un sistema restrictivo? *El Iris* olvida sin duda que la restriccion aumenta en vez de menguar la fuerza de lo restringido; que da valor á lo que no lo tiene, y que abre la puerta al abuso y al exclusivismo.

Nosotros lo declaramos partidarios de la libertad mas amplia, al condenar todo género de trabas, lo hacemos convencidos de que el único, el solo correctivo de las estralimitaciones de la prensa es la prensa misma, es el sentido público ilustrado y fortalecido por la libertad del pensamiento.

¿Qué hubieran hecho ciertos periódicos que en determinadas situaciones han aparecido; de esos que por toda razon combatian con el ridículo y la calumnia, á no haberlas popularizado su clandestinidad y la opresion reinante entonces?

Seguramente la fortuna de *El Murciólogo* hubiera sido igual ó peor que la de esos mil papeles que dias despues se pregonaban por las calles mendigando lectores, y sin encontrar eco en parte alguna, si la tiránica rigidez de aquella época no hubiera hecho interesante su aparicion.

Pero volviendo al tema capital de *El Iris*, á la organizacion del jurado. Nosotros hemos convenido en que no debe tolerarse por mas tiempo ilegalidad ninguna sobre esta ni otra materia; si á esto se redujesen los deseos de nuestro colega estaríamos de todo punto conformes; pero no es este solo su objeto; la organizacion del jurado tiene para él otra cosa de mayor monta; otro objeto además del cumplimiento de la ley; tiene el de hacer ingresar en el número de jueces de hecho á personas, en su concepto, mas liberales; en el nuestro, mas exclusivistas.

El Iris quiere nuevos jueces que cambien la jurisprudencia establecida de absolver toda clase de escritos, quiere jurados que condenen, jurados que de conformidad con el gobierno, hagan de la prensa un arma inútil, incapaz de oposicion y por lo tanto de discusion.

Tales son indudablemente los deseos de nuestro colega cuando por todo fundamento de sus razones se queja de la absolucion de que han sido objeto algunos periódicos como *La Estrella* y *El Látigo*. No entraremos en la calificación de doctrina

¿Pero qué significaba aquel misterio que tanto se me encargaba? Me desahicé en conjeturas, sin poder fijarme en una idea que me parecia razonable.

Ocho dias pasamos solo escribiéndonos, y esto por parte de Luisa, de una manera lacónica, y cada vez mas oscura. Por fin logré ir á su casa una mañana en que Doña... habia salido. Como el tiempo argia, quise aprovecharle, y arrancar á Luisa una explicacion de aquella extraña conducta.

—Luisa, le dije, sé que V. corresponde á mi amor, puesto que así me lo ha manifestado, y no puedo creer que V. me engañe. Dudar de V. sería dudar de la luz del sol. ¿Pero por qué motivo no quiere V. que sepa su tia que nos amamos?

—Porque no conviene... al menos por ahora.

—¿Qué no conviene?

—No señor, y créame V. al decirle esto.

—Eso es meterme en un mar de dudas, Luisa, por amor de Dios acláreme V. ese misterio que envuelve la existencia de V., y que, no sé por qué motivo tiemblo descubriendo. Mi amor á V. es puro, inextinguible; mi felicidad suprema sería que fuese V. mi esposa. Si V. me ama, ¿qué obstáculos pueden oponerse á nuestra dicha?

—Mi tia.

—¿Su tia de V.? ¿por qué causa?

—Permítame V., Antonio, que no le diga mas.

No, no; he de saberlo todo, exclamé arrebatado.

No hay fuerzas humanas que puedan separarme de V. Si su tia me rechaza, ¿qué importa eso? Al fin no es madre de V. y aun cuando lo fuera, la ley me ofrece medios bastantes para...

—La ley... ¿Pero olvida V. que debo á mi tia amor y respeto como si fuera mi madre? ¿No sabe V. que si no hubiera sido por ella, hubiera tal vez perecido de miseria ó estaria en un establecimiento de beneficencia? Mucho amo á V., pero mi gratitud...

—Es decir, que si la tia de V. le manda que me olvide me olvidará; que ame á otro, y le amará que despedaze mi corazon, y le despedazará. Luisa, V. no me ama ni me ha amado jamas...

(Se continuará.)

FOLLETIN.

UNA HISTORIA DE DOLORES.

(Continuacion.)

—Con alma y vida; la juro por Dios que lee en el fondo de mi alma.

Un fuerte campanillazo interrumpió nuestra conversacion. Era Doña... que volvia de su escursión. Saludóme con cierta frialdad; y yo le contesté del mismo modo. No sé que oculto presentimiento me hizo desde entonces antipática aquella mujer. Hay movimientos en el alma que, sin motivo anterior, sin precedentes, nos hacen juzgar bien ó mal de una cosa, y rara vez estos movimientos nos engañan.

Despedíme al momento, y en todo aquel día no dejé de pensar en la situacion de Luisa. Habíame propuesto, como antes te he dicho, economizar mis visitas á Doña... hasta cortar completamente nuestras relaciones; pero cambié de parecer y me decidí á continuar aun con mas asiduidad. Veía un misterio en los pesares de Luisa; y resolví desentrañarle á toda costa. Mucho podia conmigo la curiosidad, te lo confieso; pero mas que nada me impulsaba á ello un sentimiento de interés, solo de interés hacia la pobre huérfana, cuyos males compadecía.

Imposible seria decirte los pensamientos, á cual mas absurdos, á cual mas extravagantes que se cruzaron por mi cabeza. Por último, me fijé en que lo que Luisa tenía era alguna pasion desgraciada, algun amor no correspondido ó burlado. Esta suposicion era sumamente natural.

A pesar de haber menudeado mis visitas, no volví á verlo á Luisa, ni pude deducir en limpio nada. Me daba la suerte mala y me tenia de mal humor, porque la suerte mala de un joven no tenia trazas de por-

ber mejorado, y me confirmaba en esta creencia el verla cada dia mas triste, cada dia mas abatida. Me precio de ser un regular observador, y no se me ocultaban los heroicos esfuerzos que Luisa hacia para disimular sus padecimientos.

Aquella resignacion sùlime, aquella dulzura angelical hirieron vivamente mi imaginacion. Principié á estar triste sin saber por qué, apenas salia de casa, como no fuese para ir á la de Doña... hasta que por último me convencí de que amaba, sí, de que amaba á Luisa, con ese amor profundo y santo que solo se ama una vez en la vida.

En vano quise dominarme; en vano apelé á la reflexion; de nada me sirvió pensar que probablemente, Luisa amaba á otro; todo esto no hizo sino aumentar mas y mas mi amor. Tenia celos, sin saber por qué ni de quién; hice mil propósitos de no volver á casa de Doña... pero cuando me encontraba en la calle, mis pasos se dirijian, sin poder valarme, á aquella casa de que me proponia huir. Mucho luché conmigo mismo; mi razon encontró rebelde al corazon, y me di por vencido.

¿Pero qué iba yo á hacer en aquella nueva situacion que me habia creado? ¿Cuáles eran mis proyectos? Ni yo mismo lo sabia. Anaba y nada mas. ¡Pero es tan triste amar de este modo! ¡Es tan terrible ver todos los dias al objeto amado y no poder decir: ese suspiro es para mí; esa mirada es el lenguaje mudo que me confirma que soy amado; esa palabra dicha, al parecer, sin intencion envuelve un cielo de delicias y de esperanzas!

Hasta entonces me habia parecido Luisa una jóven amable, inteligente, virtuosa; desde que la amé, me pareció encantadora, hasta sus menores acciones, sus mas insignificantes palabras me enloquecian, y salia de su casa cada vez mas enamorado. Estaba avergonzado de mi debilidad, y en esta misma debilidad encontraba goces y delicias que no hubiera cambiado por la bienaventuranza. Quien dice que el sufrimiento no tie-

ne su encanto y sus placeres, es que no ha sufrido de veras.

Semejante estado de cosas no podia continuar; y me resolví á arriesgarlo todo. La dificultad para mí consistia en der el primer paso. Pensé dirigirme desde luego á Doña... descubrirle mi amor á Luisa, invocar nuestras relaciones de familia y pedirle para esposa. Este medio me pareció fácil y espedito, pues contando yo, como contaba, con una posicion desahogada é independiente, creia que esta señora no desairaría mi pretension y me ayudaría á vencer cualquier dificultad que al logro de mis deseos se opusiera.

Este proyecto que tanto me habia halagado al principio, me pareció despues absurdo. En efecto, dirijiéndome desde luego á Doña... sin contar para nada con Luisa, me esponia tal vez á violentar sus inclinaciones y á ejercer sobre ella una presion que de modo alguno, aun cuando en ello consistiese mi felicidad, hubiera querido ejercer. Resolvíme, pues, á explorar el ánimo de Luisa, para evitar, en lo posible, dar un golpe en vago. Pero no volví á encontrarla sola y me fué de todo punto imposible. En tal extremo, resolví como estaba á todo, opté por el medio de escribirle una carta, me sería fácil entregarle.

Mas de veinte borradores escribí y volví á rasgar. por fin redacté una carta que me pareció menos mala que las anteriores. Como debes suponer, en ella le declaraba mi pasion, pero con todos los miramientos imaginables, y protestando siempre de la pureza de mis sentimientos; en fin, una carta tan tímida y tan apasionada como pudiera escribirle un chico recien salido de un colegio.

Aquella misma noche fui á casa de Doña... y entregué á Luisa mi carta.

Deje pasar, á propósito, tres dias, y al cuarto volví. Mi corazon latia con violencia: del resultado de aquella entrevista dependia tal vez mi felicidad futura. Una mirada de Luisa, de esas miradas elocuentes que llegan al alma, por poco si me vuelvo loco. En aquella mirada habia tanta dulzura, tanto amor! Si, amor,

Ayuntamiento de Madrid

nas ni de formas, pero si aseguraremos a nuestro cofrade que si un fallo condenatorio hubiera llamado la atención pública sobre los tales periódicos, alguna mas trascendencia habrían tenido sus escritos de la que tuvieron, y alguna menos aun, sino hubiera mediado la denuncia.

No se nos negará que la mayor parte de los actuales jurados son progresistas, pero caso de que no lo fueran, ¿qué mal podría seguirse de sus juicios, cuando sientan un precedente tan liberal?

Supongamos que en las nuevas listas ingresen jurados como los que *El Iris* desea, que condenen y secunden los deseos del gobierno, ¿y conseguirán por ventura, dulcificar la oposición? No ciertamente; en cambio la fundarán mas y mas contribuyendo a patentizar las contradicciones de un partido que fuera del poder invocaba la libertad como arma de oposición y que hoy en él se amolda a la conducta de los que tenía por opresores.

No son, dice, ni la prensa opositora de cierto género, ni el jurado los que interpretan la opinión del país, y por lo tanto hay derecho de reclamar contra ellos. ¡Triste consecuencia! Si la prensa no es el eco de la opinión pública, ¿por qué temerla? ¿por qué combatirla? ¿qué valor puede tener ante esa misma opinión? Claro es que de suyo está condenada y herida de muerte sin necesidad de actos judiciales. Por lo que respecta al jurado, debe tener entendido nuestro colega que aquel no tiene la misión de interpretar opiniones, si no de apreciar lo que constituya delito ó desestimar lo que no constituya; el jurado, pues, cuando absuelve, deja a salvo la opinión pública, que podrá aceptar ó rechazar el escrito segun esté ó no conforme con su espíritu; nada mas racional, ni mas justo.

Pero sea franco nuestro colega y mire la cuestión bajo su verdadero punto: la animosidad que abriga contra el actual jurado, no parte de ninguna de las razones que espresa; parte de otra que tal vez siente de una manera intuitiva, y que por lo tanto no acierta a formular. Cada absolución del jurado, significa un voto de censura al gobierno; una advertencia implícita de su anómala marcha, de sus contradictorias tendencias; el jurado, pues, no hace mas que oponer su liberalismo, por contraste al equivoco proceder del gabinete. Hé aquí por qué ambos se encuentran en oposición directa y por qué *El Iris*, como partidario del último, siente una impresión repulsiva hacia el primero.

Ponga, le decimos a nuestra vez, la mano sobre el corazón, y no podrá menos de confesar esta verdad: le relevamos del cargo de manifestarla; solo si le aconsejamos que no hable de libertad al combatir el liberalismo de una institución, si quiere evitar los escollos en que tropieza el gobierno a cada paso, quedando en descubierta contradicción, ante sus enemigos, ante el país y ante sí mismo.

Restanos decir a *El Iris*, que nuestra redacción se compone de director, redactores y colaboradores simplemente, y que harto probada está nuestra absoluta independencia en las cuestiones que venimos tratando desde el principio de nuestra vida periodística, para que no se nos crea sometidos a la influencia de ningún patrono, como ligeramente dice nuestro cofrade.

Ayer sábado, día destinado a los dictámenes de la comisión de peticiones, invirtieron las Cortes gran parte de la sesión en la discusión de aquellos, que por cierto fueron de bien poco interés.

Puede decirse que lo único notable que la sesión ofreció, fue el discurso del Sr. Ríos Rosas en contra del voto particular. No exageramos al calificar de notable la peroración del diputado conservador, el cual habló con el mayor acierto.

Haciéndose cargo el Sr. Ríos de las acusaciones que con motivo de la organización del Senado se han dirigido a la nobleza, decía con mucha razón: «Estrañais que la nobleza haya cometido errores en ocho siglos, cuando la clase media ha cometido tantos y tantos en cuarenta años que lleva de intervención en los asuntos públicos? ¡Soy muy injusto! La nobleza arrojó de España a los mahometanos y dió a nuestra patria un nuevo mundo; la clase media ha perdido aquel mismo mundo, y aun no ha logrado constituir un sistema de gobierno.

La historia y la razón, añadia el orador, vienen en apoyo del Senado que nosotros pedimos; y no nos diga el Sr. San Miguel que en nada se parecen nuestros pueblos a aquellos para quienes legislaba el Senado romano: el Sr. San Miguel habla la lengua de Roma, vive bajo sus leyes, ciñe sus armas y viste su traje. Sin el principio de la herencia y el de la elección no hay sociedad posible. El Senado tiene en la sociedad tres grandes destinos: es el primero moderar al parlamento, el segundo representar los intereses permanentes, y el tercero dar a la política una dirección que le ha faltado y le falta. ¿No tiene algun derecho hereditario a cumplir tan altos destinos una clase que, prescindiendo de otros títulos muy valederos, posee una cuarta parte del terreno fructífero?

El Senado electivo representará las pasiones del momento; pero no los intereses permanentes de nuestra sociedad; una dinastía tampoco es bastante para cumplir los importantes destinos reservados al Senado: solo una aristocracia puede hacerlo, y si esa aristocracia no existe, será preciso crearla. En 1837 se propuso el Senado vitalicio; el partido progresista no le aceptó, y pagó muy caro su error. Lo mismo sucederá ahora. El tiempo vendrá a darnos la razón a los que no aceptamos el Senado del Sr. Olózaga. Constituir dos cámaras de elección popular equivale a constituir una sola, con la diferencia de que los hombres mas importantes irán a la cámara alta, y el Congreso será enteramente nulo, sus clamores serán voz clamantis in deserto. Tales fueron en re-

sumen las argumentaciones del Sr. Ríos Rosas.

El señor Olózaga contestó al elocuente diputado conservador repitiendo lo que hasta la sociedad ha dicho: que el senado electivo representa todas las opiniones.

Como era de suponer el voto particular se aprobó casi sin mas debate. Al ponerse a discusión el párrafo segundo pidieron la palabra en contra, el Sr. general Serrano y el Sr. Cánovas del Castillo, pero la peroración del primero mas bien que para impugnar el voto sirvió para condenar la conducta del Sr. Olózaga, particularmente en la sesión del jueves, y en cuanto a la del segundo, murió prematuramente al rigor de la presidencia que no estaba ayer para gracias.

La sesión se levantó para reunirse el Congreso en secciones. A fuer de buenos cristianos, los padres de la patria determinaron no tener sesión mañana, día del patriarca San José. Tómesele Dios en cuenta, que bien lo han menester!

La prensa de todas las opiniones ha mostrado sincero, patriótico é inmediato apoyo al asunto de la fragata española *Valentina* del que dimos cuenta los primeros y al que despues algunos periódicos han consagrado mas de un artículo; entre estos se cuentan *Las Novedades*, que hace la historia de los trámites de tan importante negocio en estos términos:

«Anteayer tuvieron una larga conferencia nuestro ministro de Estado y el señor embajador francés para tratar del asunto relativo al apresamiento de la fragata española *Valentina*, de que hablamos ayer, y de que la prensa de esta corte empieza a ocuparse con no poco calor, y hasta violencia.

A la hora en que escribimos estas líneas ignoramos el resultado (si alguno ha tenido) de la citada conferencia; pero como en todo caso conviene hacerse bien cargo de los antecedentes é historia verdadera del negocio, para juzgar acertadamente de la justicia respectiva de las partes, vamos a hacer un breve resumen de los hechos ocurridos.

Ya saben nuestros lectores que la *Valentina* era antes la fragata rusa *Luís*, y que fué vendida a un comerciante de Santander (el señor Bustamante), despues de declarada ya la guerra entre el Czar por una parte, y por otra Francia é Inglaterra.

Una vez vendida, acudieron los compradores al gobierno pidiendo la nacionalidad ó abanderamiento del buque, en virtud de haber hecho la compra legalmente y *bona fide*; y en su consecuencia, el ministro de Estado acudió a los señores embajadores de Francia é Inglaterra en esta corte, poniendo el hecho en su conocimiento, suplicándoles lo trasmitiesen al de sus gobiernos respectivos para que los cruceros y buques de guerra de ambas naciones respetasen a la *Valentina*, como propiedad española, y en calidad de tal la tuviesen y trataran. El señor embajador inglés contestó que así lo haría; y el asunto, por este lado, quedó zanjado, no habiéndose hecho posteriormente por Inglaterra reclamación alguna en el asunto. Pero no sucedió así respecto a Francia; pues esta, por medio de su embajador, protestó de la legalidad de la venta como opuesta a los términos del reglamento francés de 15 de julio de 1778, segun el cual ningún buque enemigo podía ser vendido a neutrales ni en puertos neutrales, despues de declarada la guerra y empezadas las hostilidades. De esta protesta, y de las negociaciones entabladas para obtener que Francia desistiese amistosamente de ella, dió conocimiento nuestro ministro de Estado al de marina; pero el Sr. Santa Cruz, atento solo a la legalidad y buena fé de la compra de la *Luís* por súbditos españoles, y estimando acaso que la jurisprudencia marítima de Francia en este asunto no es absoluta, por cuanto no es general, autorizó el abanderamiento del buque. Con lo cual, su nuevo propietario, señor de Bustamante, mas impaciente quizá de lo que la prudencia requiera, le echó al mar con el deplorable resultado que sabemos.

Estos son los hechos: veamos ahora lo que se alega. Que el gobierno español, por conducto del ministro de Marina, declaró la venta y compra legales y de buena fé, con cuya declaración el buque, debidamente abanderado, quedó hecho español. Pero no se echa de ver que habia protesta fundada en una jurisprudencia vigente en la nación que la interponía; y que, aun concediendo que semejante legislación fuese, como es, privativamente francesa, y no universal, todavia era preciso resolver el caso por negociación, sin que a una de las partes le fuese dado decidir por sí y ante sí. Hecha la protesta, y empezada la negociación, lo único que convenia era esperar su resultado, rescindir la venta, y sobre todo conservar al buque al abrigo del puerto en que se hallaba.

Alégase tambien que la venta y compra se hicieron dentro del plazo ó término fijado para las potencias beligerantes para los casos de esta naturaleza entre el enemigo y los neutrales.

En esto hay mala inteligencia: el término ó plazo de que se habla se concedió por Francia é Inglaterra a los buques rusos para que saliesen de los puertos ranceses é ingleses, y no para que en las seis semanas fijadas al efecto sirviesen a otros fines.

Ahora, no obstante lo que antecede, nuestra opinión es que la equidad, sino la estricta justicia, están de parte de España en la cuestión, y para creerlo así nos fundamos, entre otras razones, en las dos siguientes:

1.ª Que la jurisprudencia francesa establecida por el reglamento de 16 de julio de 1778 no era conocida ni de los compradores del buque ni del gobierno español cuando ocurrió el caso en junio del año próximo pasado.

2.ª Que Inglaterra y otras naciones mas liberales en este punto no reconocen semejante jurisprudencia, y reconocen las ventas hechas *bona fide*.

Y 3.ª Que existe un antecedente favorable para nosotros en la cuestión, y es el del buque ruso *Hollie*, vendido a súbditos holandeses de Rotterdam, despues de declarada la actual guerra entre Rusia, Francia é Inglaterra, cuya venta reconocida amigablemente por Francia, como hecha legalmente de buena fé, constituyó buque holandés al *Hollie*, transformado en *Staats Rotterdam*, sin mas condición que la de que dicho buque, destinado al Báltico, hiciese viaje al Mediterráneo.

Lo mas deplorable en este asunto es la ligereza con que algunos periódicos, de quienes salvamos las intenciones, se han ocupado de él, esponiéndose a embarazar las negociaciones; aunque nos asiste la esperanza de que el tacto del Sr. Luzuriaga y nuestras buenas relaciones con el gobierno francés llevarán la cuestión a que quede pronto y equitativamente resuelta.

Estos pormenores se hallan conformes con los que nos anticipamos a dar sobre un hecho, del que nos hallamos perfectamente enterados desde su origen, por circunstancias especiales.

No dudamos, por lo mismo, un momento de que el ministro de Estado se apresuraria, como lo ha hecho, a desplegar un celo y actividad que le honrarán, para la pronta y satisfactoria solución de un suceso tan inesperado y que no admite dilación, así por las condiciones de la dignidad nacional, como por el valor de los intereses particulares, de que en la presente ocasión debe ser el gobierno fiel guardador.

Nuestras buenas relaciones con Francia y su favorable disposición a satisfacer la justicia de un país amigo y unido a ella por estrechos lazos é intereses comunes, así como las dotes de ilustración que reconocemos en el representante del vecino imperio en España, facilitarán mas y mas un desenlace deseado y conveniente y honroso para todos.

Para concluir diremos, que ninguna impaciencia hubo por parte de los dueños de la fragata *Valentina* en echarla al mar, puesto que estos con razon creían reunir todos los requisitos legales despues de haber sido abanderado el buque a consecuencia del resultado que arrojó el expediente en cuya tramitación se invirtieron mas de seis meses, no queriendo diligencia que no se practicara para probar la buena fé de la compra, y entre ellas una obligación de no vender ni ceder en lo sucesivo a ningún súbdito extranjero ninguna pertenencia de la fragata a que nos referimos.

Lo mismo la *Gaceta* que el *Boletín de Hacienda*, cuya supresión no sabemos para qué se reata, una vez reconocida su absoluta inutilidad, prosiguen publicando nombramientos por el sistema exhumador tan popularizado por los Alonsos, Aguirre, Santa Cruz y demás, recordando a cada momento la estereotipada fecha de 1843. Ahora estos prodigios de galvanismo burocrático se verifican en los santuarios financieros.

Un periódico amigo del ministerio escita al conde de Lucena a que provea la capitania general de Cataluña, donde en la primavera que se acerca pudiera necesitarse una autoridad militar a la altura de las circunstancias.

Se ha circulado una orden a los gobernadores para que formen y remitan a Madrid la estadística de los bienes de beneficencia, y los gobernadores se han dirigido a las juntas municipales del ramo y a las comisiones locales de instrucción primaria pidiéndoles relación circunstanciada de los bienes de uno y otro, de su procedencia, y de las rentas, censos ó cargas que dejan de utilizarse.

¿Por qué no se principió por ahí? Si siendo ministro el director de un diccionario estadístico no tenemos estadística, ¿cuándo la habrá?

Del periódico *La Iberia* tomamos los siguientes notables párrafos que dan muy alta idea de la franqueza y sensato liberalismo de nuestro apreciable colega, con el que estamos de acuerdo:

«Celosos del buen nombre de la Milicia nacional, cuyo honroso uniforme vestimos con orgullo, y deseosos de que esta institución protectora de la libertad corresponda plenamente a sus importantes fines, no podemos menos de oponernos a que el ingreso en sus filas sea un acto obligatorio, esto es, un efecto de la alternativa de empuñar las armas ó de pagar al mes una cuota mas ó menos gravosa. El alistamiento forzoso no entra en manera alguna en nuestros principios.

Empero, si nos oponemos al alistamiento forzoso, supérnoslo nos parece decir que con mucho mayor motivo rechazamos la exención de esta medida mediante una cuota mensual, siquiera sea la mas módica posible. Nos declaramos en contra de lo primero por impolitico y peligroso; nos declaramos en contra de lo segundo por vejatorio, a no ser que se reduzca a una cantidad minima que se invierta exclusivamente en beneficio de la fuerza ciudadana. Tenemos a la Milicia nacional en todo lo que vale; la tenemos en todo lo que basta para mirar con indiferencia que se especule con ella, ni para que a su nombre se impongan mal cohonestadas y repugnantes exacciones.

Al defender la libertad, no nos apasionamos por una palabra, sino por una idea, por un hecho. Y como quiera que en el punto a que nos referimos no vemos sino la conculcación de esa idea y la negación de ese hecho, de ahí es que nos declaramos en completo desacuerdo con el pensamiento de convertir en miliciano nacional forzoso a quien, si es indiferente, no puede menos de ser de todo punto inútil, y si enemigo, en sumo grado temible.

Se trata de formar en Madrid una columna de guardia civil, como parece se ha hecho ya en Segovia, para destinarla a Burgos ó al punto que el gobierno crea conveniente.

El nombramiento de empleados es objeto de continuas diferencias entre los amigos de la situación, que se quejan, ya de que se conserve en sus puestos a individuos desahucados ó sospechosos, ya de que no se tengan en cuenta los servicios prestados, ya de que los que ocupaban altos cargos en direcciones de rentas, inspecciones de minas, etc., etc., sean ahora los mas favorecidos, ya de que los diputados monopolizan el privilegio de obtener empleos, ya, por fin, de que no se atiende al de mayores méritos sino al mas recomendado. Lo notable del caso es que hemos llegado al de que los autores de todos estos pareceres contrarios tienen razon a la vez.

El yugo del santonismo ha llegado a ser tan pesado y tan incompatible con la dignidad de los que, sobreponiéndose a las miserias de partido y

respetando las condiciones de independencia y apreciando la necesidad de reforma y mejora y progreso verdadero, que ya los órganos de la opinión han comprendido con afán y decidido empeño la cruzada de relegar de la esfera de la actividad y de la dirección de los negocios a esas entidades gastadas y tiránicas que encadenan y desvirtúan y alejan a todos los partidos.

Uno de los periódicos alistados en esta patriótica cruzada, publica ayer un artículo en el que hay estos espresivos párrafos:

«Los santones moderados han apoyado su dominación sobre el trono, la iglesia y el ejército; ellos no creen en el trono, ni en la iglesia ni en el ejército; pero como son muchos los que creen en esto y en su necesidad, aquellos han llevado a estos por donde han querido, y ellos se han sentado sobre mullido cojín en el festín de Baltasar.

Los santones progresistas, viendo flaquear el edificio de la *logia*, se acogieron a las palabras libertad, derechos del pueblo, ayuntamientos, diputaciones provinciales, benemérita y heroica Milicia nacional. Es característico en los santones irse derechos al objeto. Todas estas cosas é instituciones tenían fuerza en el país, y era una gran cosa tomar esta palanca de Arquimedes, para mover a su gusto la *maquinilla*. Y como la muchedumbre no guía sino sigue, seguía a los santones progresistas y los santones progresistas llegaban al mando, y al día siguiente daban un puntapié al andamio; y con un diluvio de palabras y una inundación de frases, y con reservas y protestas las mas tiernas y patéticas, cubrían con un velo la estatua de la libertad, y violaban las leyes, y volaban y revolaban el *tangano* de los ayuntamientos y Milicia, y engañaban a los tontos, y daban turrón a los discretos y ganaban a los matones y *perdonavidas*, y perseguían con fuego y hierro a los que no podían ganar, y al espectáculo de la tiranía moderada sucedía el espectáculo de la tiranía progresista, y las Cortes y la imprenta se ocupaban únicamente en la grande é insoluble cuestión de saber quién lo habia hecho peor; y esta es la gloriosa tarea en que viene entretenida y divertida la nación española desde el año de gracia de 1834 al año de gloria de 1855.

Y este es un espectáculo indigno y vergonzoso que no se puede ya ver; y esta es una tiranía que no se puede agnatar, y esta es una desvergüenza que no se puede sufrir; y el país está ya cansado de farsas y conoce a los farsantes.

Ha sido nombrado alcalde mayor de Bahía Honda, en la Isla de Cuba, el Sr. Lopez Pelegrin (D. Eduardo), juez de primera instancia que ha sido y antiguo empleado de la comision de códigos.

De Cataluña se reciben todos los dias nuevas exposiciones con numerosas y autorizadas firmas en favor de la unidad católica. El último de estos documentos, llegado de la ciudad de Vich, viene suscrito por casi todos los individuos de la Milicia Nacional.

Los asuntos de hacienda preocupan cada dia mas seriamente la atención pública, no solo en Madrid, sino en las provincias de donde recibimos todos los dias estensa correspondencia quejándose de abusos y vejaciones.

Los señores Sanchez Silva y Alonso han presentado a las Cortes el siguiente voto particular sobre el proyecto de ley del gobierno para modificar la de 23 de febrero último.

Aunque no puede afirmarse que la mayoría de la comisión de presupuestos haya prestado su asentimiento al proyecto del señor ministro de Hacienda para que las Cortes modifiquen la ley de emisión de renta perpetua del 3 por 100 interior y exterior en cantidad suficiente para realizar 500 millones de rs. efectivos, porque la votación verificada con este objeto no alcanzó la mitad mas uno de los individuos que componen aquella comision, el que suscribe, sin detenerse a dar a este hecho la importancia que pueda tener, y aun sin inquirir la opinion de los demas señores que se han reservado emitir, cree de su deber, en cumplimiento del art. 73 del reglamento, ofrecer su dictamen a la consideración de las Cortes, como tiene el honor de hacerlo en este voto particular.

Sensible es por demas que se traiga nuevamente al campo de la discusión un asunto terminado ya a satisfacción del señor ministro de Hacienda, y erigido tan recientemente en ley del Estado. Nada seria mas digno de las Cortes, nada menos expuesto a lastimar el acreditado discernimiento del señor ministro, que el acordar no haber lugar a deliberar, si no fuera este incompatible con el artículo 109 del reglamento. Por esta causa el diputado que suscribe se encuentra en la indeclinable necesidad de consignar algunas indicaciones que esplanadas despues en el seno de las Cortes puedan ser vir de fundamento a su dictamen.

Nadie puede poner en duda que la nación española tiene inmensos recursos para verificar una operación de crédito sin apelar a condiciones extremas y ruinosas. No hay un país civilizado que pueda relativamente disponer de una masa de bienes nacionales de tanta importancia, ni cuyas rentas públicas sean tan susceptibles de perfeccion y aumento. Puede asegurarse sin temor de errar, que toda nuestra deuda importa mucho menos que el valor en venta de los bienes nacionales que deben desamortizarse.

La penuria de nuestro tesoro y el déficit constante de nuestro presupuesto de ingresos, son necesarios resultados de la arbitrariedad, del abandono, y aun pudiera decirse de la ignorancia de administraciones de funesto recuerdo. Fundado sin duda en datos tan seguros, pidió el gobierno a las Cortes autorización para negociar 500 millones de reales sobre el crédito de la nación, y con la garantía especial de hipotecar títulos de la renta perpetua, cuyo medio fue considerado por el señor ministro de hacienda como infalible prenda de seguridad del éxito de su atrevido pensamiento.

Mas que enmienda puede decirse que una declaración hecha con previo consentimiento del señor ministro, y que no necesitó para ser acogida ni el apoyo de su autor, determinó en la ley que las hipotecas ó consignaciones se hicieran en bancos públicos; y otra circunstancia menos importante sobre hacer los contratos a un año de fecha, y además de haberla traído consignada en su proyecto el señor ministro, como cosa de la mayor conveniencia la admitió su señoría en la discusión de un modo absoluto.

Así quedó concluida la ley de 23 de febrero dejando al gobierno autorizado para realizar los recursos que pidió sin ponerle la menor restricción en el interés que hubiese de abonar a los prestamistas, ni del tipo a que habria de consignar los títulos al darlos en garantía.

Tambien debe tenerse presente que, pudiendo verificarse la emisión en títulos de deuda interior y exterior, quedó el gobierno autorizado para negociar fondos fuera de España donde creyere mas conveniente, pudiendo depoi-

tar las garantías en bancos extranjeros, porque en la ley es tan consignadas las palabras bancos públicos del modo mas lato é indeterminado.

No concibe el que espone cómo con tan poderosos medios no ha podido el señor ministro de Hacienda realizar su propósito, y por lo mismo es muy verosímil que la falta de práctica ó alguna desgraciada inversión haya podido entorpecer y malograr las negociaciones.

Desde luego que se votó la ley debió haberse convenido con los acreedores en la anulación de todos los giros comprendidos en la deuda flotante que estaban aceptados por las tesorerías de provincia para fin de febrero, y que, por no haberse siquiera intentado dicha negociación, fueron pagados a su vencimiento, privándose así el gobierno de 20 millones de reales efectivos, que podrían haberse reservado para que en la negociación pendiente con los acreedores hubiese sido igual la condición de todos ellos.

Consta, además oficialmente en la *Gaceta* del 2 del actual, que el Sr. ministro de Hacienda fijó para el primero del mismo la liquidación y cango de todas las letras pagadas y demás obligaciones pendientes, retrotrayendo así a un mismo día los valores que vencerán en fin de marzo, abril, mayo y otras fechas posteriores, que por cierto habria sido preferible y mas regular haber fijado para sus sucesivas liquidaciones los mismos dias de sus vencimientos, hasta cuyo momento no era urgente hacerlas ó aglomerarlas en una sola fecha, creando mayor dificultad para el pago y mas complicación en las operaciones.

Es decir, si el señor ministro se propuso, con arreglo a la autorización que le da la ley, hacer renovaciones a doce meses de plazo, no se concibe en buenas reglas de administración el empeño que ha tenido en acumular para primer de marzo del 1856 el pago de 150 millones de reales, se propuso renovar en un solo día, y que con mayor facilidad y con mejor orden para la cuenta del tesoro, podrían pagarse por partes a fin de marzo, abril y meses subsiguientes del mismo año de 56, teniendo así mas respiro para ir dando vado a las operaciones.

Así es que, hecho aquel llamamiento a los acreedores para liquidar en una misma fecha sin estar preparado el tesoro para abonar los intereses que se le prometieron de contado por la regla 12 de la real orden de 12 del corriente publicada en la *Gaceta* del 2 del mismo, nada tiene de extraño, y antes si ha sido cosa muy natural que los tenedores de la deuda hayan dejado la liquidación y cango de sus créditos para cuando el tesoro pueda pagarles sus intereses.

Si se hubieran presentado en el tesoro para su liquidación en 1.º de marzo hasta la concurrencia de 150 millones de la deuda flotante, ¿estaba el señor ministro preparado en aquel día para abonar a la vista los 12 millones de reales que habrían importado sus intereses al 8 por 100 que ofrece la real orden? Harto notorio es, y mucho mas, a los prestamistas, que ni en aquel día ni en los subsiguientes hasta hoy ha tenido el tesoro medios para realizar su promesa.

Estas y otras razones demuestran que no puede calificarse de insuficiente para desahogar al tesoro la ley de 23 de febrero. ¿Ni cómo en el espacio de ocho dias pudo haberse formado un juicio exacto sobre la eficacia de una ley de esta naturaleza? ¿Puede en tan corto tiempo haber llegado a noticia de los hombres de negocios nacionales é extranjeros que nuestro gobierno está autorizado para levantar fondos sobre el crédito de la nación, dando además sólidas garantías en depósito? ¿Hay posibilidad material de que hayan podido calcular con certeza y dirigir al gobierno proposiciones? ¿Que inmotivada agitación es esta! Ni aunque tuviéramos metales preciosos en barras podríamos haberlos hecho en moneda corriente en tan poco tiempo.

Pero la ley no se tan ineficaz como se pretende, supuesto que, segun manifesté el señor ministro en el seno de las Cortes, en solo dos dias se negociaron con arreglo a ella mas de 25 millones; y este es un bien precedente para esperar que las operaciones se irán facilitando sucesivamente siempre que el tesoro pague los intereses de la renovación. Esto demuestra que el proyecto del señor ministro de hacienda, presentado ultimamente, es intempestivo. Pero aunque la necesidad que se encarece estuviere justificada, ¿seria digno de la representación nacional resolver el problema con los medios que se le proponen?

Las Cortes deben fijar especialmente sobre esto su atención, y decidir si es propio de su elevado carácter participar de la inestabilidad con que se miran sus acuerdos: si tiene datos suficientes para confesar que fueron imprevistos aun poco inteligentes al discutir y votar la ley de 23 de febrero. No encuentra el que suscribe palabras bastante enérgicas para espresar la inconveniencia de semejante pretensión.

Pero aun rebajando la cuestión de la region del decoro nacional al terreno de la utilidad material, ¿cómo pueden convenir las Cortes en que los títulos de nuestra deuda pública pasen directamente, como prenda é hipoteca, a manos de prestamistas mas ó menos conocidos dentro y fuera de España, en vez de consignarse en bancos públicos que prestan alguna confianza? Pues qué la inmensa suma de dos mil millones de reales en títulos de nuestra renta perpetua, es cosa de tan poca monta, que pueda entregarse, sin mas regla ni medida de precaución que la que pueda ó sepa adoptar un ministro, que puede desgraciadamente equivocarse, como ahora ha sucedido, y comprometer la fortuna pública?

No es posible que prestamistas de buena fé dejen de conformarse con la garantía del crédito de la nación española, representada legítimamente en estas cortes, y además de la hipoteca especial de los títulos de nuestra deuda, consignados en un banco nacional ó extranjero. Esto pidió el gobierno; esto acordaron las cortes, y esto es tan suficiente para el objeto en cuestión, que hasta entre los hombres de negocios, en sus transacciones particulares, se estima, como la mas sólida garantía para levantar fondos, el depósito de títulos en los bancos.

Tambien pide el gobierno que se le autorice para renovar y hacer negociaciones a menos de doce meses, y como es un mero accidente que, sin lastimar la dignidad de las cortes, puede contribuir a facilitar las operaciones, aunque puedan ser algo mas costosas, cree el diputado que suscribe que debe concederse.

En virtud de cuanto brevemente queda indicado, tiene el honor de proponer a las cortes el siguiente

PROYECTO DE LEY.
Artículo único. Se modifica la ley de 23 de febrero último respecto al plazo de un año que fija la misma para las operaciones de crédito, y se concede al gobierno la facultad de estipularlas a los plazos que juzgue mas convenientes para el servicio público.

Palacio de las cortes 16 de marzo de 1855.—Manuel Sanchez Silva.—Joaquín Alfonso.

INTERIOR. Continúan lamentándose algunos periódicos de provincia de las disposiciones arbitrarias adoptadas por varias diputaciones provinciales. Creemos digna de llamar la atención del gobierno la cesión que, segun un periódico de Cádiz, ha hecho aquella diputación de una de las vegas mas fértiles del pueblo de Veger a una persona cuyos antecedentes no son los mejores, segun dice el citado periódico. Tambien *El Centinela de Asturias* que se publica en Oviedo, se lamenta de que a las religiosas en clausura de aquella provincia no se les haya pagado todavía sus asignaciones de enero y febrero.

Se nos ha asegurado con relacion a la de la Mancha Alta, que la Milicia nacional de San Clemente habia salido en peregrinación. ¿De una pequeña partida de facciosos que se habia presentado en aquellas inmundaciones. Creemos que el go-

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some minor creases and discoloration, characteristic of old paper. There is no text or other markings on the page.

